

Japón. Ultima Embajada. La OIMT. Sayonara

Visitando hijos y nietos en Estados Unidos, recibí una llamada del Viceministro de Relaciones Exteriores Embajador Gonzalo Gutiérrez, informándome que el Presidente había dispuesto mi nombramiento como Embajador en Japón. Quedé algo perplejo pues había pensado que ya cercano a la edad del retiro y como había ocurrido en otras oportunidades, un Embajador en mis circunstancias era designado a un cargo considerado tranquilo. Japón quedaba lejos, no hablaba una palabra y era ciertamente un puesto exigente.

Instantes después Kille me preguntó por qué estaba pálido y le comenté la conversación. En fin, tras la necesaria reflexión, le hice ver que ella nunca había puesto los pies en Asia, adonde yo había viajado en varias oportunidades por trabajo o invitado a conferencias, que ya habíamos servido años en América Latina, Estados Unidos y Europa y que podía ser una experiencia valiosa. No imaginamos en ese momento cuan valiosa habría de ser. Estuvimos exactamente dos años que fueron magníficos en todo sentido.

En el proceso de preparativos, verifiqué que tanto la dotación de personal diplomático como de gastos de funcionamiento habían sido recientemente disminuidos. Se me explicó que era producto de las recomendaciones de una "Comisión" evaluadora de las necesidades de las agencias en el extranjero, argumento de difícil refutación pues a tales "comisiones" se les considera titulares de la sabiduría colectiva. Inútil y retóricamente, pregunté si habían escuchado al Jefe del Estado interesarse por las relaciones con Tegucigalpa o Atenas a lo que se me respondió que no. Insistí entonces sobre el caso del Japón, escuchando que lo hacía con frecuencia. Se confirmó mi preocupación; el interés político del más alto nivel no impactaba en el plano administrativo, porque no se le había indicado específicamente lo que debía hacerse. No esperaba, obviamente, que la lógica venciera la inercia.

En el lado positivo, Kille consideró que sería interesante tener una muestra de artistas Nikkei; y, explicando el propósito, consiguió un número de pinturas y grabados de nuestros artistas de origen japonés, que fueron adecuadamente presentados en el salón de recibo y que, en su momento, retornamos felizmente intactos a nuestros artistas, a los que por cierto agradecemos sinceramente su generoso préstamo.

Visitas del Canciller y del Presidente de la República

A los pocos días de nuestra llegada realizó una visita oficial el Canciller José Antonio García Belaúnde, amigo de muchos años y que sostuvo un nutrido programa de actividades en su breve estada. Entre otras, planteó oficialmente nuestro deseo de concertar con Japón un acuerdo comercial y económico que encontró alguna renuencia en las autoridades japonesas, por considerar que la dimensión de nuestra vinculación comercial no justificaba tal acuerdo. El pedido fue reiterado al año siguiente por el propio Jefe del Estado, quien fue también recibido por las más altas autoridades, incluyendo Su Majestad el Emperador Akihito. El presidente llegó acompañado de una importante delegación empresarial, haciendo posible el examen conjunto de una serie de posibilidades

comerciales y de inversión. También el Viceministro Embajador Gonzalo Gutiérrez llegó a Japón invitado por las autoridades para pasar revista a los distintos aspectos de la relación bilateral.

Todas estas actividades oficiales de alto nivel fueron muy importantes para demostrar al gobierno japonés el propósito peruano de ahondar las relaciones en los más diversos campos y, en su momento, fueron mostrando muy significativos resultados. El acuerdo comercial y de inversión que parecía imposible el 2008 terminó siendo negociado y suscrito apenas pocos años después. La cooperación para el desarrollo continuó siendo elevada. El complejo tema de una deuda pendiente por décadas relativa a un préstamo otorgado para la adquisición de arroz, fue retomado con la visita a Tokio y muy competente actuación de la Dra. Betty Sotelo Bazán, alta funcionaria del Ministerio de Economía y Finanzas. También otros como la utilización de tecnologías japonesas de comunicación se fueron encaminando hasta alcanzar resultados concretos.

La comunidad peruana

Se calculaba en aproximadamente sesenta mil el número de compatriotas que habitaba en Japón, comunidad en general sumamente trabajadora y responsable que se ganaba la vida con esfuerzo y dignidad. Como en muchos otros lugares, se organizaban en asociaciones que a veces discutían entre sus miembros creándose nuevas o buscando otras posibilidades de compartir sus vivencias. Desde luego, tratamos de mantener con ella el mejor relacionamiento y no pocas veces presentamos en la embajada sus conjuntos musicales y artísticos. También presentamos a un grupo de solo japoneses que se dedicaba con esmero a nuestra música criolla. Guardo un grato recuerdo de todo ello.

Lo que más me impresionó, fue cuando un sacerdote argentino me visitó para solicitarme que concurriera un domingo a una pequeña localidad a cierta distancia de Tokio, porque se realizaría la procesión del Señor de los Milagros. Desde luego, le aseguré mi asistencia y fue muy grato encontrar un buen grupo de compatriotas, pero también muchos latinoamericanos que participaban de esa devoción tan especial para todo peruano. Desde luego, tuve que participar en la carga del anda durante un tramo. Para mi sorpresa, yo había supuesto que el anda sería ligera por los materiales modernos de uso común en Japón; pero era muy pesada, exigiéndome un esfuerzo que no estoy seguro fuera compatible con mi edad. En fin, fue una experiencia no solamente grata sino impactante en lo personal. Pensé que un país que puede motivar una devoción tradicional a tan enorme distancia, al igual que lo hace ya en muchas otras partes del mundo, no es de ninguna manera un país cualquiera, ni el Perú es un país latinoamericano más. Decirlo no es arrogancia y es necesario que tengamos conciencia de ello y actuemos en consecuencia.

La actividad cultural

El interés del pueblo del Japón en las cuestiones culturales es auténtico y profundo. En los numerosos museos y galerías de arte que visitamos en Japón nunca dejamos de admirar el interés con que las personas observaban las

piezas, leían las leyendas y explicaciones y mostraban absoluta concentración en tratar de absorber el máximo de información.

Con el apoyo de los funcionarios se realizaron en la Embajada varias actividades culturales, como presentaciones de música y danzas peruanas, presentaciones del Pisco o de alpacas. En el Instituto Cervantes se realizó una actuación celebratoria del centenario del nacimiento de Cesar Vallejo. Distinguidos peruanistas japoneses hicieron magníficas presentaciones sobre distintos aspectos de la vida y obra literaria de nuestro poeta, intercaladas con la lectura de varios poemas por los jóvenes diplomáticos y por mí. Todas estas actividades eran seguidas de Pisco Sour y bocaditos peruanos, siempre apreciados por nuestros invitados japoneses y de muchos países.

Lo relativo a las exposiciones más importantes, se encuentra en el tema La Cultura no es un Adorno, en la sección Actividades y Reflexiones, infra.

La Organización Internacional de Maderas Tropicales

Conjuntamente con el cargo de Embajador en Japón me desempeñé como representante ante la OIMT. Obviamente, se trata de una organización internacional de particular interés para el Perú, pues el tema de la existencia, y utilización sostenible de las maderas de los bosques tropicales es una cuestión que se ha complicado enormemente por la demanda mundial de maderas finas, pero también de otras especies de las florestas tropicales, complejidad en la que participan el descuido y a veces hasta la aceptación de los gobiernos de la devastación que se viene produciendo por la extracción lícita e ilícita de sus maderas.

Adicionalmente distintos tipos de problemas conspiran contra la sostenibilidad de estos recursos naturales que son indispensables para la vida en el planeta. Entre ellos, la desertificación, la deforestación masiva para la transformación del bosque en zonas de cultivo de productos como la palma aceitera, la soya y otros como incendios provocados por la continuación de obsoletas prácticas agrícolas. Pero también y crecientemente, cultivos ilegales como coca, amapola y más, destinados a la fabricación de drogas, y último, pero no menos, la minería ilegal que ya está convirtiendo zonas de nuestra Amazonia en desiertos tóxicos y posiblemente irre recuperables. Igualmente, en nuestro ámbito regional, más allá de los elevados propósitos de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica, es un hecho que ninguno de sus gobiernos está logrando contener la creciente destrucción de los bosques tropicales y alguno hasta la alienta.

La OIMT procura el seguimiento del comercio internacional y lícito de determinadas especies y requiere el mayor apoyo de gobiernos y sociedades. De continuarse la destrucción que es uno de los factores contribuyentes al cambio climático que ya se está sufriendo y será peor, el proceso podría acelerar aún más este peligro real e inminente para el género humano.

La gestión para un nuevo local

La embajada ocupaba un pequeño edificio que contenía las oficinas de la Cancillería, un departamento que servía de residencia al Embajador, un área de recepción y cuatro pequeños departamentos que ocupaban los funcionarios diplomáticos. El edificio era ya antiguo, padecía de una muy mala distribución del espacio y nunca se había adaptado a las sucesivas regulaciones gubernamentales sobre seguridad de estructuras para casos de terremoto.

A cambio de ello, estaba situado en una zona magnífica de Tokio, casi colindaba con la residencia del Príncipe Imperial Hitachi y era contiguo a uno de los locales de una agrupación religiosa denominada Soka Gakkai sumamente influyente en Japón. Esta, además, contaba con un partido político que asociado al clásico Liberal Democrático, aseguraba la mayoría parlamentaria que gobernaba el país. Dicha agrupación tenía enorme interés en expandir ese local con el terreno que ocupaba la embajada la cual, del otro lado, era vecina de uno de los edificios de la prestigiosa Universidad Koko Gaguin. La posibilidad de llegar a algún arreglo se había considerado por años, pero las crecientes dificultades para la renovación del seguro del edificio hacían urgente encontrar una solución.

Con el permanente apoyo del personal diplomático e información a la Cancillería, sostuve reuniones con las autoridades de Soka Gakkai. Insistí enfáticamente en que la Embajada en Tokio era única en el mundo y que cualquier arreglo que se hiciera tenía que satisfacer las necesidades que de alguna manera se atendían en nuestro local. En otras palabras, necesitamos ubicarnos en una zona de prestigio, que la edificación no contuviera si no las instalaciones adecuadas para las oficinas de la cancillería y la residencia del Embajador, haciéndose necesario la dotación adicional de cuatro departamentos cercanos, que serían también propiedad del gobierno peruano, para alojamiento de los funcionarios diplomáticos.

Con las comprensibles dificultades, la negociación fue avanzando y de ello se informaba permanentemente a nuestra Cancillería, subrayando que se trataba de una gestión política y no propiamente comercial, pues en cierta manera estábamos tratando con un sector del gobierno japonés que, en un momento determinado, nos ofreció un local en magnífica ubicación que hubiera servido para una Embajada del más alto nivel. En mis numerosos informes, enfatizaba también que el principal problema del Japón era el espacio y que, consecuentemente, la futura edificación tenía que ser pensada y diseñada para que sirviera propósitos múltiples. En cierto momento, los interesados enviaron una delegación a Lima para tratar con el Ministerio y, lamentablemente, me fue denegada la autorización que solicité para participar en esas reuniones. Algún tiempo después, llegó el momento de mi jubilación y mi retorno a Lima y también cambió temporalmente el gobierno japonés.

El proceso continuó y no fue considerado necesario solicitar mi opinión. No digo que lo fuera, porque es prerrogativa de la Cancillería consultar con quien crea conveniente. Años después tuve oportunidad de visitar el local que finalmente se construyó. Se ubica en un lugar donde no existe ninguna otra Embajada, del exterior da la impresión de tratarse de un bunker y el interior repite todas las carencias del viejo local, aumentadas por la absoluta falta de jardín y luz natural. Sus instalaciones tienen como centro un “auditorio” que obviamente no se presta

sino para esa función pero que puede acoger menos gente de la que reuníamos en el salón del viejo local con el simple expediente de retirar los muebles e instalar sillas plegables. En fin, entiendo que se trata solamente de mi opinión personal y que otras podrían considerarlo magnífico. Personalmente, me complace que pude completar el proyecto de nueva oficina para la Embajada en Ecuador y que puedo dormir con la tranquilidad de que mis opiniones y gestiones no tuvieran nada que hacer con el local construido en Tokio.

El arreglo de archivos

En cierto momento, se recibió una instrucción “circular” de la Cancillería, relativa a la clasificación y mantenimiento de los archivos. Las instrucciones circulares son muy usadas, diría excesivamente, pues la entidad central que las dirige a sus agencias supone que tendrán inmediato y cabal cumplimiento. Además, son fáciles de emitir y cabe preguntar si los funcionarios que las preparan, no siempre aprobadas por las más altas autoridades, tienen debidamente en cuenta que las circunstancias y características de las agencias no siempre se prestan a tratamientos “únicos”.

En fin, la circular sobre archivos era un prodigio de descripción de lo que podrían ser los archivos de los países más avanzados del Planeta. Clasificación y ordenamiento por tipo de documentos, procedencia o destino, orden cronológico y numérico, etc. Además, indicaciones sobre el grado de humedad, iluminación indirecta y cuanta sofisticación pudiere imaginarse. Desde luego, con los funcionarios diplomáticos teníamos una idea de lo que eran los “archivos” de la Embajada. En síntesis, se trataba de un espacio grande en el sótano al que se enviaban todas las carpetas, documentos oficiales o no y cuanto papel impreso ya no encontrara lugar en las diminutas oficinas.

Con los jóvenes diplomáticos armamos un equipo de trabajo, que no pocos sábados, en ropa deportiva y con apoyo del personal de servicio, nos lanzamos a la tarea de “ordenar” los archivos. En realidad, se trataba de cuarenta años de hacinamiento de papeles, sin orden ni concierto ni nada que sugiriera la más mínima selección previa. Los clasificadores estaban humedecidos y deformados, los metales enmohecidos y herrumbrados, en fin, parecía una de las tareas de Hércules. Fue necesario tirar a la basura centenares de clasificadores, fólderres, cajas y más, que contenían millares de documentos impresos que podrían haberse descartado casi de inmediato: invitaciones a recepciones y otros muchos eventos, notas de Embajada informando la salida de vacaciones de Jefes de Misión, o de su retorno, folletos turísticos de lugares a los que por ignotas razones habría viajado algún funcionario y así por delante.

Una vez descartados centenares de kilos de papeles impresos, etc. absolutamente irrelevantes, obsoletos o malogrados, empezó la indispensable tarea de ordenar los documentos oficiales. Fueron necesarias no pocas sesiones sabatinas, que tenían que concluir con los funcionarios en sus respectivas duchas para librarse del moho y la suciedad. Poco a poco se fueron separando, ordenando, clasificando y registrando los documentos, manualmente y en computador, y posteriormente colocados en sobres rotulados y ubicados en estantes con indicaciones de año y tipo de documento.

Un año después respondimos a la circular de Cancillería, informando que no se habían podido cumplir sus ideales instrucciones, pero en cambio se habían ordenado de manera inteligible cuatro décadas de acumulación de papeles, absolutamente carentes de sentido y de cuasi imposible utilización si en caso hubiere sido necesario ubicar algún documento importante. Con la satisfacción de haber hecho lo posible con esa tarea de equipo, no perdimos ni un minuto en esperar alguna reacción de Cancillería que, desde luego, nunca llegó. Such is life, in the tropics!

Una candidatura Sui Generis

En 2008 el ex Presidente de la Republica Alberto Fujimori, en circunstancias en que se encontraba detenido en Chile para en su momento ser extraditado al Perú, postuló a un cargo de Senador en las elecciones japonesas. Lo hizo con un pequeño partido, considerado de extrema derecha y, finalmente, recibió muy pocos votos, en tanto que el partido que lo acogió consiguió apenas una curul. El asunto quedó ahí, pero mientras duró, suscitaba algunas cuestiones que podrían haber tenido implicancias para las relaciones entre los tres países, en términos de Derecho Internacional. Si bien, siempre se consideró en Japón que no tenía ninguna posibilidad de ser elegido la cuestión, al menos hipotéticamente, hubiera sido determinar que podría haber sucedido de haber logrado su elección.

Se trataba de lo siguiente. Una persona es elegida a un importante cargo parlamentario en un país del cual obviamente es nacional, pero esa persona no se encuentra en el país sino que está detenida por las autoridades judiciales de un tercero, a la vez que el país del cual había sido nada menos que Jefe de Estado, reclamaba a este último su extradición para someterlo a proceso penal. Obviamente no tengo respuesta, pero se podría suponer que el Japón hubiera solicitado a Chile el envío de una persona que había sido elegida para tan alto cargo en el Congreso. De ser el caso no es posible saber lo que hubiese hecho Chile. En el caso del Perú, obviamente, hubiese solicitado de la manera más enfática que Chile no atendiese tal pedido, que habría liquidado el proceso de extradición en curso.

En fin, ninguna de esas preguntas requirió respuesta porque simplemente, no fue elegido. Demostró, por otro lado, que obviamente el ex Presidente tenía nacionalidad japonesa de pleno derecho porque no residió en Japón como refugiado político sino como ciudadano y en pleno conocimiento de que la Constitución de ese país prohíbe la extradición de sus nacionales. Como se recuerda, el asunto fue motivo de polémica todo el tiempo que estuvo en funciones oficiales. Queda pues como un tema hipotético de Derecho Internacional que, en lo que concierne al interés del país, felizmente no se llegó a materializar.

Visita del Buque Escuela y su recalada en Tokio

En algún momento fui informado que el Buque Escuela de nuestra Marina de Guerra debía recalcar en breve en Tokio como parte de su crucero de instrucción y se me instruyó para gestionar su atraque en el embarcadero gubernamental

del puerto. Desde luego, inmediatamente se procedió a gestionar el pedido, siendo informados por el Ministerio de Defensa del Japón que, lamentablemente, no había disponibilidad en el embarcadero oficial Harumi y que el barco sería bienvenido en una Base Naval situada aproximadamente a dos horas de Tokio.

Desde luego, había que agotar las posibilidades de que la visita se efectuara a Tokio, pues fuera de la capital, su repercusión sería ínfima. Pensando en el tema recordé que algunos meses antes había asistido a la conmemoración del bombardeo nuclear de Hiroshima, experiencia sumamente emocionante. Entre los actos celebratorios, me impresionó el discurso de un joven diputado de la Dieta, que es el parlamento del Japón, por su profundidad y significación.

Poco tiempo después de retornar a Tokio, solicité una entrevista con el joven diputado, quien no sin cierta sorpresa, pero con gran cortesía, me recibió en su pequeñísima oficina en la Sede del Parlamento. Le expliqué que como persona interesada por décadas en el tema del desarme, que no era puramente académico, sino que me había tocado participar en actividades de Naciones Unidas y publicado y expuesto sobre varios aspectos de las armas nucleares en muchas oportunidades y diferentes países, la calidad de su presentación me había impactado realmente y que por ello quería no solamente felicitarlo sino conocer algo más sus opiniones sobre las posibilidades del desarme nuclear.

Aclarada la razón de mi presencia, conversamos un buen rato y en los mejores términos sobre las muy serias dificultades de la problemática y la necesidad de insistir permanentemente sobre su peligro para la humanidad y no abandonar los esfuerzos. Tras ello, nos despedimos muy cordialmente.

Al presentarse el tema de la visita del Buque Escuela, averiguando con quien podríamos insistir, encontramos que el joven diputado había sido designado muy poco tiempo antes Viceministro de Defensa. Obviamente, solicité una nueva entrevista con él, esta vez en su importante despacho en el Ministerio de Defensa y le expuse el asunto y las razones por las cuales el Gobierno del Perú deseaba que la visita del Buque Escuela se realizara en Tokio. Verificó inmediatamente la situación y me confirmó que el embarcadero Harumi efectivamente no estaba disponible. Le rogué que insistiera en la búsqueda de alguna solución al problema que le planteaba y me dijo que le diera algunos días, tras lo cual agradecí y me despedí.

Efectivamente, tres días después me llamó para decirme que se había dispuesto la habilitación del Embarcadero Harumi para la visita de nuestro Buque Escuela. Desde luego, no pregunté lo que había hecho, pues era evidente que se había tenido que decidir el desplazamiento de otro navío a un lugar diferente, pues no había espacio para que coincidieran. Le agradecí encarecidamente,

La visita se realizó con todo éxito, completándose la totalidad de las actividades oficiales previstas, incluyendo una recepción a bordo para las autoridades navales japonesas y el cuerpo diplomático latinoamericano en Tokio. La reflexión, al final, fue que no hay manera de saber el curso que pueden tomar las actuaciones y los acontecimientos. En este caso, una seguramente inesperada expresión de aprecio formulada con toda sinceridad por parte del Embajador del

Perú, permitió que esa importante actividad para nuestra Marina de Guerra se desarrollase como la había deseado. En otras palabras, parece que nunca está de más expresar aprecio, cuando como en el caso del discurso de Hiroshima, fue ampliamente merecido.

Las gentes

Naturalmente conocí muchas personalidades oficiales importantes, también porque visitamos varias Prefecturas para la inauguración de la Exposición Nazca a medida que se desplazaba en distintos lugares del Japón. La cortesía siempre era exquisita y sinceramente apreciada.

También en el cuerpo diplomático se encontraban no pocas personalidades con las que mantuvimos muy buena relación. A título de ejemplo, menciono al aun joven Embajador de México Miguel Ruiz Cabañas, porque además de su evidente competencia profesional, tenía intereses académicos que nos convocaron en gratos diálogos en no pocas oportunidades. Y, último, pero no menos, la relación con los peruanistas japoneses, particularmente los arqueólogos que tan notable trabajo habían realizado y realizaban en el Perú. Japón, generosamente, construyó para nuestro país tres Museos de Sitio y apoyó las exploraciones y estudios de sus arqueólogos en distintas partes del país a lo largo, en aquel momento, de ya más de medio siglo. Sobre ello preparamos una tableta que figura en la Sección Publicaciones.

El símbolo era, por su "seniority" y constancia, el Profesor Yoshio Onuki, quien me apoyó desinteresadamente en no pocas oportunidades. Lo recuerdo con mucha gratitud y aprecio. Pero nuestra mayor sorpresa fue cuando organizamos en el Instituto Cervantes de Tokio la conmemoración de los setenta años del fallecimiento de César Vallejo. Los varios profesores de literatura que expusieron en ese evento cultural, mostraron profunda versación sobre la obra de Vallejo. También comprometieron nuestra gratitud.

Pero no debe dejar de mencionarse a las gentes del Japón en general. Es conocida la cortesía japonesa, pero vivirla, es una experiencia muy instructiva. La cortesía con los visitantes, es uno de los mejores recuerdos que se llevan del Japón, sea que pasen algunos días o, como en nuestro caso, residan un tiempo. Al parecer, no es igual con los trabajadores extranjeros, pero lo que vive el visitante es único. Mostrar un mapa en la calle, atrae a varias personas deseosas de informar o ayudar. Cualquiera que en un bar o restaurante desee separar una mesa mientras se acerca a la barra a hacer su pedido, deja sobre ella su teléfono o cartera con la absoluta certeza de que, al retornar, encontrará lo que dejó y la mesa libre. Asombroso.

Para mí, lo increíble fue cuando en una oportunidad debí asistir a un evento en el Instituto Cervantes y, pensando que al Embajador se le lleva y se le trae casi como a un niño, decidí ir en Metro. Las secretarías y el chofer trataron de disuadirme, pero viendo mi firmeza, se acordó que me acompañara nuestra empleada Delcy hasta la salida del Metro. Acepté y fui con ella hasta la estación más cercana al Instituto. Al llegar, me explicó que había varias salidas y me indicó cual debía tomar. Fin de la aventura. Obviamente, salí por donde no debía

y me perdí. Entré a un pequeño restaurante donde el mozo ni el cocinero hablaban inglés. Se dirigieron a una mesa donde un grupo de jóvenes bastante bien vestidos cenaba tempranamente. Tras breve discusión, se me acercó uno y señaló la puerta. Pensé que me indicaría alguna ruta, pero en su inglés básico me dijo que caminaríamos diez minutos. Desde luego protesté que no debía dejar su cena y al grupo de amigos, pero no hubo manera. En el camino, insistí, pero fue inútil. Finalmente, llegados a una esquina me dijo doble aquí y camine hasta el Instituto. Le agradecí como pude y le di mi tarjeta. La leyó y me miro asombrado. Le dije que quedaba a su disposición y me despedí. El resto fue pensar, aun ahora ¿en qué lugar del mundo un joven deja una cena y amigos para ayudar a un extranjero, sin saber que era un Embajador? Si eso no es cortesía, no sé qué podría ser. Admirable.

Con ayuda se puede hacer mucho

Lo que tuvimos en menos en personal y recursos, lo tuvimos en más en calidad. Como segundo de la misión fue designado el recién ascendido Consejero Paul Duclós, en tanto que por muchos años había sido un Ministro. Jacques Bartra, competente funcionario de esa categoría debía ya retornar a Lima, viajando a las pocas semanas de nuestra llegada. Ya estaba en Tokio Andrés Garrido Segundo Secretario y en poco tiempo llegó Joyssi Goya, Tercera Secretaria para asumir su primer puesto en el extranjero, en reemplazo del secretario Enrique Cárdenas. Éramos pues cuatro diplomáticos, uno muy viejo y tres muy jóvenes, pero armamos un equipo sumamente activo y eficaz.

Paul, Jefe de Cancillería, prácticamente me quitó de los hombros la agobiante tarea de presentación a Lima de los gastos de la Embajada, con el apoyo de la señora Miyauchi antigua y muy eficiente funcionaria que los administraba con la mayor escrupulosidad. Además, siendo un pequeño grupo, podíamos coordinar muy fácilmente las tareas y mis jóvenes colegas eran tan diligentes, competentes, deseosos de hacer y aprender, que trabajar con ellos era un placer. Y no era solo cuestión de que atendieran mis instrucciones, sino que nunca les faltaban iniciativas e ideas e sugestivas, viables y provechosas. Como no recordar que muchas veces, ya en altas horas de la noche, crucé el pasillo que separaba nuestro departamento de las oficinas, para verificar que habían retornado a trabajar y hacer que se fueran a descansar a sus departamentos.

Por impulso de ellos, realizábamos muchas actividades: culturales, de contacto con sectores empresariales y representaciones de la comunidad peruana, en fin, intentamos todo lo que se podía intentar y no había modo de aburrirse. Los recordamos con gratitud y aprecio.

Además de la Sra. Miyauchi, había varias colaboradoras. A alguna prefiero olvidarla y me arrepentí de no haber prescindido de ella. En cambio, recuerdo la competencia y experiencia de la Sra. Tanaka, la disposición y lealtad de Delia Wakao y la habilidad y versatilidad de la joven Yuki Sakomoto, quien además nos apoyó como intérprete en las tareas de las varias delegaciones oficiales que recibimos, inclusive la visita del Jefe de Estado.

De Lima llevamos a Percy Bustamante, Chef y mayordomo a quien conocíamos de tiempo, Máximo Aliaga técnico competente en todo tipo de trabajos de electricidad, carpintería, gasfitería y más y Delcy Inga Paulino, joven y sumamente dinámica mucama. Fue un acierto completo pues en una ciudad tan complicada y costosa como Tokio, formaron un equipo que no solamente aseguraba el servicio de la residencia y la limpieza de los locales de la cancillería; sino podían preparar y atender todas las numerosas actividades sociales que requería la labor de la embajada.

Ello permitió multiplicar las atenciones a las autoridades y empresarios japoneses, las no pocas delegaciones peruanas que se recibieron, incluyendo visitas del jefe del Estado, Canciller, Vicecanciller y otras autoridades; además de buen número de actividades culturales que fue posible organizar. No sabíamos entonces del creciente cosmopolitismo de la sociedad japonesa y nos halagó mucho que disfrutaran de la selección de platos peruanos que usualmente ofrecíamos. Todo ello se acompañaba de pisco sour, y vinos y espumantes peruanos que nos habíamos preocupado en llevar en buena cantidad.

Tras nuestro retorno definitivo a Lima luego de dos años de servicios en la que fue nuestra última embajada, permanecieron aún algunos años en Tokio y eventualmente retornaron al Perú. Finalmente, Domingo Cayablab chofer con buen número de años en la Embajada, era no solamente de enorme eficiencia sino persona de gran calidad humana. A todos ellos los recordamos con gran aprecio y gratitud, pues tenemos la certeza de que sin su apoyo no hubiera sido posible realizar tantas y tan productivas actividades oficiales.

Sayonara

Llegado el momento de dejar el Japón y los muchos años de servicio diplomático, no podíamos sino agradecer profundamente la experiencia vivida.

Japón fue un extraordinario cierre de medio siglo de servicios al Estado. La relación bilateral es cada vez más intensa y prometedora. La cooperación que presta al Perú en distintas áreas del desarrollo y la cultura sigue siendo de gran importancia. El interés en nuestro país es real y fue muy grato encontrar un buen grupo de estudiosos “peruanistas”, de la más alta calidad.

Viajamos todo lo que pudimos y de las cuatro islas principales solamente no conseguimos visitar Hokkaidō. Visitamos muchos templos, palacios, museos y más y nos asombramos con las maravillas que hicieron a lo largo de los siglos. También pudimos visitar algo de China, India, Singapur, Camboya e Indonesia y todas esas experiencias nos confirmaron que Asia despliega una dinámica que al menos en algo deberíamos emular. Es parte esencial y prioritaria de la construcción de nuestro futuro

Los preparativos y despedidas fueron los usuales, pero recordamos especialmente la ofrecida por los Embajadores de América Latina. Nos habíamos llevado muy bien con todos ellos, en buena parte profesionales diplomáticos e hicimos aprecio de su amistad. Suele mencionarse en estas

ocasiones la pena de dejar amigos, pero nosotros subrayamos la suerte de haberlos ganado. Nuestro agradecimiento lo concluí recitando de César Vallejo:

"De todo esto yo soy el único que parte.
De este banco me voy, de mis calzones,
de mi gran situación, de mis acciones,
de mi número hendido parte a parte,
de todo esto yo soy el único que parte.

De los Campos Elíseos al dar vuelta
la extraña callejuela de la Luna,
mi defunción se va, parte mi cuna,
y, rodeada de gente, sola, suelta,
mi semejanza humana dase vuelta
y despacha sus sombras una a una.

Y me alejo de todo, porque todo
se queda para hacer la coartada:
mi zapato, su ojal, también su lodo
y hasta el dobléz del codo
de mi propia camisa abotonada"